

3. VOLVIENDO A LOS ORÍGENES

Introducción. Las parábolas son un fragmento de la roca primitiva de la tradición cristiana. Las parábolas de Jesús no sirven solo a la interpretación de pasajes bíblicos, sino del reinado de Dios como acontecimiento presente. Entre sus ideas fundamentales está la afirmación de que la gloria de Dios está presente en el mundo entero y puede experimentarse en todas partes, por eso, la oración puede ser una alegría entusiasta de conectar con Dios que invada todo el cuerpo. Realmente, Jesús no interpreta en sus parábolas ningún pasaje bíblico. Las parábolas de Jesús no son banales textos cotidianos. Hablan del Reino de Dios. Y al hablar del reino de Dios, hablaban también del misterio de Jesús, de su misión y de su actuar salvador. El «reinado de Dios» difiere totalmente de toda otra forma de dominio y reinado humanos. Tampoco tiene que llegar todavía desde un lugar lejano, sino que se encuentra presente ya desde siempre y abarca toda la creación y la historia. Solamente tiene que «llegar» en el sentido de que sea «anunciado» y «aceptado», a menudo contra la resistencia del acostumbamiento, del endurecimiento o de la maldad humana. Solo los que lo hacen entienden bien las parábolas justamente, y las interpretan con referencia al reinado de Dios que ha llegado en Jesús. Las imágenes se graban en la memoria más fijamente que los temas abstractos. Las parábolas de Jesús, reflejan fielmente y con claridad especial su Buena Nueva, el carácter plenificador de su predicación, la seriedad de su llamada al renacimiento, a la Vida Nueva. Su oposición contra el fariseísmo, contra una vida construida en la apariencia y en ellas se deja entrever la lengua materna de Jesús. Las parábolas de Jesús son, además, algo enteramente nuevo. En toda la literatura rabínica no encontramos ni una sola parábola del tiempo anterior a Jesús. Cuando leemos las parábolas, estamos en la proximidad inmediata de Jesús.

Lo que Dios nos dice. *«Los fariseos le preguntaron: «¿Cuándo va a llegar el reino de Dios?». Él les contestó: «El reino de Dios no viene aparatosamente, ni dirán: “Está aquí” o “Está allí”, porque, mirad, el reino de Dios está en medio de vosotros» (Lc 17,20-21).* El reino ha irrumpido ya ahora definitivamente con las obras de Jesús. En el fondo se trata de un conocimiento muy sencillo, pero de gran alcance. Las parábolas de Jesús no son obras de arte (al menos en primera intención); no quieren tampoco inculcar principios generales. Cada una de ellas exige del oyente una respuesta al instante. Por consiguiente, debemos preguntarnos constantemente: ¿Quiénes son los oyentes originales? ¿Cómo tiene que ser entendida una parábola cuando está dirigida a los enemigos o a la muchedumbre? No solo son exhortaciones morales generales, sabias reglas sapienciales o el desvelamiento de la existencia humana. Hablan de la cercanía del reino de Dios y del «aquí y ahora» del reinado de Dios en nuestro tiempo. En ningún caso las parábolas de Jesús deben aislarse de aquel que las pronunció y de la situación en cuyo marco se predicaron.

Jesús utilizó la metodología de las parábolas porque contaba una historia aparentemente alejada de la situación de los oyentes, pero de tal modo que se aproximaban a su situación. Las mujeres y los hombres que lo rodeaban y escuchaban recibían una historia interesante, cautivante. Pero de pronto tenían que reconocer que era de ellos mismos de quienes se estaba hablando, que eran parte del relato. Y, de ese modo, quedaban atrapados en la red de la parábola. Se los induce a identificarse con la historia, que tendrá un final totalmente distinto del que al comienzo se imaginan. Las parábolas son breves comparaciones con asuntos o procesos de la vida normal que todo el mundo conoce y que no necesitan ser relatados, sino que se refieren con una breve alusión, pero que, por la situación en la que se encuentran o por el marco que se les da, se convierten en textos acerca del reino de Dios.

Cómo podemos vivirlo. Como conclusión hay que decir que en las parábolas bíblicas hemos de estar siempre preparados para que los destinatarios nos veamos llevados a una situación en la que creemos poder escuchar plácidamente una historia interesante, para experimentar de pronto un vuelco total: se nos confronta con la voluntad de Dios o con el estado de crecer en el amor a los que vivimos en su presencia. Así pues, los intérpretes de las parábolas bíblicas tenemos que contar siempre con que no encontraremos en ellas géneros literarios «puros», sino incursiones sumamente hábiles, a menudo incluso oscilantes, en otros géneros. También está claro desde el principio que se está hablando metafóricamente, es decir, en sentido «traslativo». Y los oyentes o lectores estaban perfectamente en condiciones de trasladar de forma continua los elementos metafóricos a la historia real del pueblo de Dios. No es necesario que se nos interpreten o expliquen mucho en un anexo aparte. Sabemos que todo lo que se está relatando es nuestra propia historia. Podemos interiorizarlas con atención, con preocupación y con amor, sabiendo que quién las pronuncia los hace para que crezcamos en un amor como el suyo.